LA ILUSTRE FREGONA

ZARZUELA FANTASTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN SIETE CUADROS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RAFAEL CALLEJA

Representada por primera vez en el TEATRO CÓMICO el día 14 de Diciembre de 1908.



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Manuela	D.ª Loreto Prado.
Cleos de Corinto	» Dolores Saavedra.
Duquesita de Poitiers	» Matilde Franco.
Alina	» María Aguila.
Berta	» Elisa Román.
Montoya	D. Enrique Chicote.
Peláez	» José Soler.
Hidaspes	» Jaime Ripoll.
Zaide	» Emilio Alonso.
Ferrán	» José Ortiz.
El abate Rolland	» Julio Castro.
Pero Núñez	» José Delgado.
Sacerdote primero	» Juan Verdú.
Sacerdote segundo	» Gustavo Fernández.

Guerreros y sacerdotes persas.—Sacerdotisas, esclavas, tañedores de flauta, luchadores y esclavos griegos.—Escuderos.—Arqueros.—Pajes.—Damas de la Corte de Luis XVI.—Populacho de París.

Derecha é izquierda las del actor mirando al público.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Recibimiento elegante. En el centro amplio pasillo, practicable casi á todo foro, y al cual se supone que dan las puertas de las habitaciones. A la derecha de la entrada de este pasillo un banco con un escudo de marqués labrado en la madera, y á la izquierda un perchero magnífico; ambos muebles pintados en el telón. Es de noche. En el centro del pasillo, pendiente del techo, un globo esmerilado de luz eléctrica.

ESCENA I

MONTOYA, de librea y gorra de plato. — PELÁEZ, con barba descuidada, sombrero hongo deteriorado y gabán raído.

MONTOYA. ¡Qué señora marquesa ni qué ocho cuartos! ¿Le parece á usted que las diez de la noche es una hora á propósito para molestar á la señora marquesa?

PELÁEZ. Para molestarla ninguna hora es á propósito, amigo Montoya; pero todas son buenas para asociarla á una idea grande; para unir su nombre al mío en la inmortalidad por un descubrimiento maravilloso.

MONT. Déjese usté de monsergas, señor Peláez, que ya nos conocemos. Usté para lo que quiere ver á la señora marquesa es para darla un sablazo.

PEL. ¿Qué dice usted? ¿Yo? ¿Un sablazo yo?

MONT. ¡Y dale, molino!

PEL. Es que en estos ojos llevo yo la fuerza que ha de conmover al mundo, el flúido que ha de trastornar la marcha de la humanidad, la palanca de Arquímedes, que sólo necesita un punto de apoyo.

MONT. ¡Caray!

PEL. ¡Qué! ¿Lo duda usted?

MONT. No. He dicho «caray» porque me parece que está usté más loco que una gávia.

PEL. ¡Loco!... ¡Ah, humanidad imbécil! Cristóbal Colón estaba loco, Galileo estaba loco. Edisson está loco... ¡y sin las locuras de los grandes hombres andaríamos todavía desnudos por las selvas comiendo las frutas de los árboles!

MONT. Pero, vamos á ver; ¿usté qué pretende de la señora marquesa?

PEL. Que me oiga para explicarla mi descubrimiento, para demostrarla mi poder y para que ella, que es espléndida, inteligente y protectora de los genios...

MONT. ¡Basta! el sablazo que yo me temía. Pues amigo Peláez, lo siento mucho; pero ya está usté tomando la puerta; no tenemos suelto.

PEL. ¡Dinero! ¡Pero si yo no pido dinero! Yo lo que necesito es protección, influencia, el nombre ilustre que me abra las puertas de los palacios y de las cabañas.

MONT. (Nada, que este tío me da la noche.)

PEL. Sí; lo veo claro como la luz meridiana. ¡La transmigración de las almas es tan cierta como el Evangelio! El espíritu que ahora está en usted, cubierto por ese levitón y esa gorra de plato, ha pertenecido á seres diferentes en distintas épocas.. ¡Usted ha sido, seguramente, mastodonte antes del diluvio, luego elefante en la India, después cerdo en Extremadura y, por último, fraile motilón á principios del siglo pasado.

MONT. ¿Sí, eh? Pues ¿sabe usté lo que le digo? Que por la puerta se va á la calle.

PEL. ¡Sépalo usted, amigo Montoya! Yo tengo en los

nervios el flúido suficiente para mover una montaña; puedo, con la mirada sola, hipnotizar, sugestionar, mandar en los espíritus y obligarlos á que, sin abandonar la cáscara que ahora los envuelve, tornen á vibrar en sus vidas anteriores... ¡Puedo hacer que ahora mismo y sin salir de aquí, vuelva usted á ser el elefante de la India...!

MONT. ¡Déjelo usté para mañana! Y lo mejor es que no moleste á la señora marquesa y aproveche esa habilidad para ganarse la vida en los cines adivinando el pensamiento.

PEL. ¡Es una idea!

ESCENA II

DICHOS.—MANUELA.

MANUELA. (Saliendo por una lateral del pasillo.) Montoya; dice la doncella que cierre usté y apague: que ya se ha acostao la señora. (Viendo á Peláez.) ¡Ah! pero ¿tenia usté visita?

MONT. Aquí, el amigo Peláez, que no se va ni á tiros.

MAN. Pues ya sabe usté que no queremos pelmas.

PEL. ¿Quién es esta muchacha?

MONT. La segunda cocinera.

MAN. Sí, señor, la segunda cocinera que tié mucho sueño. De modo que ya está usté picando, que se va á cerrar.

MONT. Manuela, no le faltes al señor y mira lo que dices.

MAN ¿Es el gobernador por casualidad?

MONT. ¡Peor! Es un brujo que con mirarte nada más te puede convertir en elefanta.

MAN. ¡Ay qué tío más gracioso!

PEL. (Mirándola atentamente.) ¡No, elefanta, no...! El espíritu de esta joven ha sido noble siempre en las anteriores encarnaciones. ¡No hay más que verla! Acércate, muchacha.

MAN. Vaya, que ustés descansen. No estoy pa chungueos.

MONT. Acércate y no tengas miedo, mujer.

MAN. ¿Miedo yo? ¿se quié usté callar? Ni á este tipo ni á un escuadrón de caballería (Acercándose á Peláez.) A ver... ¿qué se ofrece?

PEL. Mírame. Así, con fijeza... ¡Justo! no me equivoco. Tú fuiste en la antigüedad algo muy importante. Tú has influído poderosamente en la marcha del mundo. Safo, Cleopatra, la Pitonisa de Delfos, Isabel la Católica, la Princesa de los Ursinos... ¡quién sabe! Lo seguro es que tus vidas anteriores son dignas de la historia.

MAN. ¡Pero qué retegracioso es este tío.

MONT. ¡Je, je! Muy gracioso.

MAN. Y el caso es que pué que tenga razón, porque yo sueño unas cosas muy raras algunas veces.

PEL. ¿Quieres probarlo? ¿Quieres ver por tus propios ojos los lugares que ha recorrido tu espíritu antes de venir á parar al fogón de la marquesa?

MAN. ¡Toma; ya lo sé! La mondonguería de la Bisoja, el lavadero del Aragonés, la cacharrería de la plaza del Rastro.

MONT. ¡Si no es eso, mujer! El amigo Peláez habla de hace muchos siglos.

MAN. ¡Ah! de hace muchos siglos no me acuerdo de nada.

PEL. ¿A ver? Mírame otra vez. (Manuela obedece) ¡Justo! ¡Hay flúido, hay corriente! Los efectos de la sugestión serán inmediatos... (Dominándola con la mirada.) ¡Manuela! ¡Cocinera ilustre! Tú vas á abrirme las puertas de la inmortalidad.

MAN. (Agitándose convulsivamente.) ¡Ay! ¡Ay... que no sé qué me pasa!

MONT. El que le va á abrir á usté las puertas soy yo.

PEL. (Mandándole flúido con las manos, sin dejar de mirar á Manuela.) ¡Quieto, imbecil! ¡Obedecedme ambos.

MONT. (Agitándose como si recibiera una descarga eléctrica.) ¿Eh? ¿qué es esto?

MAN. (Idem.) So... ¡socorro!

PEL. (Sin dejar de mandar flúido á los dos, con los ojos y con las manos, hasta el final de la escena.) Tú. (A Montoya.) Vete al salón y tráeme una silla de brazos.

MONT. ¡Yo! una... una silla.

PEL. Sí; la mejor y más artística que encuentres. (Váse Montoya, obedeciendo como un autómata, por una lateral del pasillo.) Y tú (A Manuela.) espera. Mírame.

MAN. (Balbuciente.) Una... silla de brazos ¿Me... me va usted á sacar una muela?

PEL. Voy á probar en vosotros la fuerza magnética de mis nervios.

MONT. (Saliendo por la lateral con una magnífica silla griega adornada de pedrería y oro y con las patas imitando garras de leon.) Aquí está esto.

PEL. Colócalo ahí en el fondo del pasillo... ¡Así! (A Manuela.) Tú siéntate en ella.

MAN. (Dirigiéndose al fondo contra su voluntad) Es que.

PEL. ¡Que te sientes! Yo te lo mando. (Manuela obedece). Montoya, apaga la luz. (Obedece Montoya. (Empieza la música.)

MAN. ¡Ay... ay!...

MONT. ¡Ay... ay!...

PEL. ¡Míos sois los dos! ¡Volved á lo que habéis sido!

MONT. (Huyendo hacia la izquierda.) ¡No!; no me da la gana.

MAN. (Debatiéndose en el sillón) ¡Montoya! ¡Ayúdeme usté, Montoya!...

MONT. (Sin dejar de huir primera izquierda.) ¡So... corro. .! ¡Eleuterio! ¡Alejandro! (Vase andando hacia atrás, pretendiendo, en vano, sustraerse al fiúido que le domina.) corriendo fluentlly

PEL. (Sin dejar de mandar fiúido á la izquierda y al frente.) ¡Obedecedme! ¡Oh poder incontrastable de la ciencia! (Vase tras de Montoya sin cesar en sus pases y aspavientos.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Fachada del templo de Apolo en Delfos. A derecha é izquierda bosque adornado con estatuas y columnas.

ESCENA III

MANUELA aparece sentada en el mismo sitio y postura en que quedó en el cuadro anterior, sin que el público haya dejado de verla un solo momento. Tras ella y formando semicírculo en sillas iguales, pero de menor riqueza, están las doncellas que forman el cortejo de la Pitonisa. A cada extremo de este semicírculo un sacerdote, de pie é inmóvil. A la derecha, en primer término HIDASPES, acompañado de muchos guerreros, cortesanos y sacerdotes persas de la época de Cambises, espléndidamente ataviados. En primer término izquierda CLEOS, cortesana de Atenas, al frente de un grupo de esclavas.

Música.

HID., CLEOS, CORO. Pitonisa de Delfos,
elegida de Júpiter,
los destinos del mundo
en tus manos están.
Acudimos ansiosos
á escuchar el oráculo;
que los dioses clementes
por tu boca hablarán.

MAN. No estoy en casa
de la marquesa...
¿Qué sitio es éste?
¿Qué gente es ésa?

HID. Nos envían los nobles
de la Persia de Ciro,

que triunfantes sus armas
al Egipto llevó.

CLEOS. Mis amores me arrastran;
por un hombre suspiro
y esperamos tu fallo
mis amores y yo.

TODOS. Porque lees en los astros
el destino del mundo
con el númen divino
que Minerva te dió.

MAN. Pero ¿qué tonterías
estais diciendo?
¿Qüé es eso de Minerva
que no lo entiendo?

(Se levanta y se acerca á los persas, que caen de rodillas inmediatamente. Ella, con el asombro natural, sa'uda á su modo. Dirígese después á las griegas, que igualmente se arrodillan. Manuela repite el saludo.)

HID. Y PERS. Acudimos ansiosos
á escuchar el oráculo.

CLEOS Y GRIEGS. Que los dioses clementes
por tu boca hablarán.

MAN. Y que patatín,
y que patatán...
¡Estos guasones
no me la dan!

(Hace un mohín chulesco y vuelve á sentarse. Los demás se levantan.)

TODOS. ¡Pitonisa de Delfos!
¡Elegida de Júpiter!
Los destinos del mundo
en tus manos están.

Hablado.

MAN. Bueno, pues... si son ustés brujos, ó demonios coronaos, ó amigos del señor Peláez, ustés dirán hasta dónde va á llegar la broma.

HID. Oyeme propicia, ¡oh, híja predilecta del divino Apolo!

MAN. No, no: Apolo no; Apolinar. Mi padre se lla-

maba Apolinar y no era divino. Tenía una zapatería en un portal de la calle de la Comadre. Sigue, mascarita.

HID. De Persia venimos. En son de paz han arribado esta vez nuestros bajeles á las playas de Grecia, y á Delfos llegan conmigo guerreros y sacerdotes á consultar sobre el porvenir de nuestra patria.

MAN. ¿A consultarme á mí? ¡Pues ya es gana de hacer un viaje!

HID. Crea la Pitonisa que de sus palabras depende la vida de millares de hombres.

MAN. Sí lo creerá; pero ¿dónde está la Pitonisa?

CLEOS. Eres tú.

MAN. ¿Yo? ¿Que soy la pitonisa yo? (Dirigiéndose á un sacerdote) ¿Es de veras?

SACTE. 1.º (Con voz cavernosa) Sí.

SACTE. 2.º (Idem) Sí.

MAN. (Imitándolos) ¡Sí!... Vaya, pues será verdad cuando estos zánganos lo dicen.

CLEOS. Sí; tú que adivinas lo futuro desde ese sitial, forrado con la piel de la terrible serpiente vencida por el hijo de Letona

MAN. (Levantándose de un salto.) ¡Demonio!

HID. Atiéndeme y contesta.

MAN. Bueno; pero de pie, por si acaso.

HID. La dinastía de los aqueménides se ha extinguido. Cambises el conquistador, el que hizo asesinar á su hermano Bardiya, el que hundió la espada en el sagrado lomo del buey Apis, ha muerto clavándose su propio puñal.

MAN. ¡Hombre! ¡qué lástima!

HID. El mago Oropastes ha proclamado rey á su hijo Gaumata, aprovechando su parecido con Bardiya para decir que es el verdadero príncipe. ¿Qué debemos hacer los guerreros de Cambises? ¿Crees tú, ¡Oh Pitonisa!, que debemos asesinar á Gaumata?

MAN. ¡Yo qué he de creer, hombre! (Qué brutos son estos persianos!)

HID. Pues ¿cómo hemos de arrojar del trono al usurpador hijo de Oropastes?

MAN. ¿Al hijo de Oropastes? Pues, muy sencillo...

Yéndose á él cuando esté sentao en el trono y diciéndole: ¡Ninchi, ahueca!

HID. ¡Ninchi, ahueca! ¡Oh sabiduría del oráculo!... Venid, sabios, venid, filósofos; descifremos el sentido de esas misteriosas palabras. (Vanse por la derecha lentamente. Música en la orquesta.)

MAN. Ya tenéis pa rato.

ESCENA IV

DICHOS, menos HIDASPES Y LOS PERSAS.

MAN. (A Cleos) Y á usté, señorita, ¿qué se la ofrece?

CLEOS. Mi consulta es de amor.

MAN. Me alegro. De eso entendemos todas más que de Oropastes.

CLEOS. Yo soy Cleos de Corinto; la más hermosa y la más amada de las cortesanas de Atenas.

MAN. ¡Alábate, pavo!

CLEOS. A mi palacio, que tiene columnas de alabastro y frisos de pórfido y ágata, van de día y de noche, demandando limosnas de amor, guerreros, oradores, poetas, mercaderes y filósofos. Todos me ofrecen y dan en cambio su oro y su plata, broches y anillos, brazaletes y diademas.

MAN. ¿Todos? ¡Qué suerte! Y ¿cómo dices que te llaman en el pueblo?

CLEOS. Cleos la cortesana.

MAN. En la calle de la Comadre te llamarían otra cosa. ¿Qué más?

CLEOS. Que el vendado hijo de Venus, á quien sacrifiqué tantas víctimas, las ha vengado clavándome en el corazón una flecha de su aljaba.

MAN. Ya se conoce que estamos en el extranjero, porque no entiendo jota.

CLEOS. Enamorada estoy del atleta vencedor en los juegos olímpicos. ¡Ah! Es un mancebo hermoso y fuerte como un Hércules de Fidias, que arroja el disco, blande la lanza y despide los dardos como ningún otro varón de Atenas ni de Esparta.

MAN. ¡Anda con Dios! ¡Acabáramos! Y ¿qué quieres?

CLEOS. Saber si puedo esperar que se encienda su pecho con esta llama en que me abraso, ó debo arrojarme desesperada al Helesponto... ¡Mírale! Allá lejos viene (Señalando á la derecha.) Quiere también, sin duda, preguntar al oráculo... Ya pisa los linderos del sagrado bosque. Por los dioses te ruego ¡oh, pitonisa! que con tu respuesta le guíes á mis brazos

MAN. ¡Vaya con la niña! ¡Y en qué líos me ha metido Peláez! (Vuelve á sentarse en el sillón, aunque con ciertas precauciones.)

Música.

CLEOS.
Enamorada de él estoy,
si no le rindo muerta soy.
Venus inmortal
me ha querido proteger,
y por ella he sido
triunfadora en el placer.
Pero al fin caí
prisionera del amor,
nunca dominado,
siempre vencedor.

CORO.
¡Qué dulce dolor
produce el amor!

CLEOS.
Ved coronado de laurel
al atleta triunfador
de quien voy á ser esclava.

CORO.
También está él
herido de amor.

CLEOS.
Tras de las flautas avanzad,
y en su torno y en su honor
danzad.

(Salen por la primera derecha cuatro tañedores de flautas. Las esclavas danzan marchando tras ellos, mientras Cleos repite.)

Venus inmortal
me ha querido proteger, etc.

(Con el último acorde de la orquesta aparece Montoya, en traje de mancebo ateniense, coronado de laurel y seguido de luchadores de circo y esclavos con pebeteros y perfumes.)

ESCENA V

DICHOS.—MONTOYA.—LUCHADORES.—ESCLAVOS.
TAÑEDORES DE FLAUTA.

Hablado.

CLEOS. ¡Oh! ¡qué bello! ¡qué robusto! ¡qué fuerte!

MAN. ¡Demonio! ¡Si es Montoya, que se ha quitao las patillas! Pero ¿qué hace usted aquí? ¿Quién se le ha llevao la gorra y el levitón y le ha dejao en camisa?

MONT. ¡Anda los dioses! Yo venía á consultar al oráculo, y es el oráculo el que me pregunta cosas.

MAN. Pero ¿qué hace usted ahí hecho un pasmarote con ese laurel en la cabeza para que lo guisen? ¿No es usté Montoya?

MONT. Montoya... Montoya... ¡Ah, sí! Ya caigo. ¡Manuela! (Dirigiéndose á ella. Cleos, las esclavas y los sacerdotes le cierran el paso.)

CLEOS. ¡Quieto! No toques las vestiduras de la Pitonisa ó los rayos de Júpiter nos abrasarán á todos.

MONT. (Rechazando á todos vigorosamente.) ¡Qué Júpiter, ni qué calabazas!... ¡Un abrazo, Manuela!

MAN. ¡Gracias á Dios que me encuentro una persona conocida. (Apartando y luchando con los demás llegan á abrazarse. En el mismo instante el escenario se oscurece repentinamente y suena un trueno formidable. Los griegos quedan aterrados.)

MONT. ¡Zambomba! ¡Qué es esto! (La oscuridad se hace más densa; los truenos aprietan de firme y de vez en en cuando todo se ilumina con el resplandor de los relámpagos, mientras esclavas, sacerdotes, doncellas y luchadores, caen de rodillas dando alaridos. Montoya y Manuela corriendo de un lado para otro pretenden en vano escapar entre la masa humana.)

MAN. ¡Socorro! ¡Guardias!...

MONT. ¡Aquí! ¡Que se acaba el mundo!

Mutación.

CUADRO TERCERO

Selva.—Es de noche.

ESCENA VI

ZAIDE. Luego FERRÁN.

(Zaide entra por la derecha rastreando como para ocultarse, fatigado y tembloroso. Trae una guzla oculta bajo el albornoz.)

ZAIDE. La oscuridad de la noche me ayuda y Alá me favorece. ¡Sólo él es grande! Esos malditos pastores han perdido mi rastro y podré llegar al castillo arrastrándome entre la maleza como una serpiente. ¡Sí! Llegar, entonar la trova y morir. Lo juré por el Korán á la hermosa cautiva y ella oirá mi voz esta misma noche, aunque la ahoguen en mi garganta el venablo de un arquero ó el hacha del verdugo... ¡Eh! ¿Quién me sigue? Es un hombre. Uno solo... ¡Mi gumía le detendrá en el camino! (Sale Ferrán, también por la derecha. Es un trovador con el laúd en bandolera. Al ver á Zaide se detiene espantado.)

FER. ¡Eh! ¿quién va?

ZAIDE. ¡Téngase el que llega!

FER. ¡Un moro!

ZAIDE. Sí; un guerrero de Torre Vélez, donde han entrado los tuyos acuchillando á la flor de los caballeros andaluces.

FER. ¿Y qué haces tú, perro infiel, solo y perdido en tierra de cristianos?

ZAID. El amor me trae á la muerte.

FER. ¿El amor?

ZAID. Sí; el amor á una hermosa nazarena que tuve cautiva en mi torre y á quien rescataron sus deudos á punta de espada. En aquel castillo está (señalando á la izquierda.) y al castillo voy á entonar al pie de sus rejas mi canción de amores.

FER. ¡Loco! Te colgarán de una almena.

ZAID. Sí; pero el corazón de Isabel palpitará de emoción al sonido de mi guzla.

FER. ¿Isabel dijiste? ¡Por ella pulsaré yo el laúd esta noche al pie de la torre del homenaje.

ZAID. ¿Por ella? ¡Y te atreves á decírmelo! ¡Perro cristiano! ¡No llegarás al muro!

FER. Llegaré, aunque el ejército entero de Almanzor se oponga.

ZAID. ¡Atrás, ó mueres!

FER. ¡Paso he dicho!

(Se arrojan uno sobre otro. Tras breve lucha Zaide derriba á Ferrán y, en el momento en que alza la mano para hundirle la gumía en el pecho, sale, rápidamente, por la derecha, un monje de pardo sayal, que se lanza sobre el grupo; coge á Zaide por el cuello y le arroja á un lado como si fuera una pluma. Entonces el fraile da la cara al público. Es el propio Montoya.)

ESCENA VII

DICHOS.— MONTOYA.

MONT. Perdone, hermano.

FER. (Levantándose del suelo.) Gracias, padre. Os debo la vida.

MONT. Al cielo debes darlas, hijo. (A Zaide.) Levántate tú también, sarraceno.

ZAID. (Alzándose trabajosamente.) Monje maldito, ¡Alá te confunda!

MONT. Contra la ira de Alá me ayudará el Dios verdadero, y contra ti me ayudarán los puños. Sigue tu camino y calla.

FER. No; eso no. ¡Es preciso que muera!

MONT. Estos hábitos me impiden verter sangre del

prójimo. Pero descuida, hijo; mañana, en cuanto alumbre el sol, le cazarán como á una fiera dañina.

FER. Pero ¿sabéis dónde va esta noche?

MONT. ¿Dónde?

ZAID. Yo lo diré. A cantar una trova de amor al pie de ese castillo. ¡Lo he jurado por el Korán!

MONT. Mal hecho, porque si yo hubiera apretado un poco más te quedas sin cumplir el juramento. Pero me parece bien lo de la trova. (A Ferrán.) ¿Y tú, dónde ibas, hijo?

FER. Al castillo también, á entonar una cantiga al pié de la torre.

MONT. ¿Con que á cantar los dos? Y, por lo visto, cuando yo me he acercado á vosotros humildemente estabais ensayando...

FER. ¡Esa es demasiada bondad, padre! ¿No veis que un perro musulmán y un trovador cristiano no pueden unir sus canciones?

MONT. ¿Y por qué no, hijo? La música no tiene religión ni patria. ¡Cantad, cantad los dos toda la noche aguantando el relente! Yo escucharé vuestras trovas con gusto.. mientras ceno con la castellana.

ZAID. Tiene razón el abad. Riñamos por el amor de ella, y sean nuestras armas el laúd y la guzla.

FER. ¡Acepto el desafío!

MONT. Mañana, Dios mediante, el buen escudero Pero Núñez se encargará de cortar la cabeza á este abencerraje, y de darte á ti cuatro zurriagazos por haber turbado su sueño. Tú, trovador, ve delante. Tú, engendro de Satanás, síguele. (Vase Ferrán por la izquierda.)

ZAID. No; yo detrás de ti.

MONT. ¿Detrás y con la gumía en el cinto? ¡Dios no lo permita! Te ruego que me obedezcas, hijo. (Le da un fuerte golpe en el cogote que le obliga á marchar detrás de Ferrán más que á paso.) Yo soy bueno, soy compasivo, soy humilde..., pero no me fío de Alá ni de su profeta. (Empieza la música. Vase tras ellos mascullando latines.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

Patio de armas en un castillo gótico. Frente al público la fachada principal con la puerta de entrada y los primeros peldaños de la escalera. A ambos lados de esta puerta ventanales con vidrios de colores. Luz de luna.

ESCENA VIII

PERO NÚÑEZ.—ESCUDEROS.—ARQUEROS.—Enseguida MONTOYA.

Música.

CORO. El centinela
baja el rastrillo.
Tres sombras entran
en el castillo.
¿Quién llega hasta el patio
cruzando el portón?

(Aparece Montoya por la segunda derecha.)

MONT. Un monje que busca
frugal colación.

CORO. Pase adelante fray Gaspar
que trae las nuevas del lugar.

MONT. Si noticias trajere
no las diría
porque sois maliciosos
en demasía;
con que dejadme paso,
servid la cena
y acostaos vosotros
enhorabuena.

CORO. Pues si hoy le diera por callar
aquí no cena fray Gaspar.

MONT. ¡Vaya por Dios!
Yo nada sé,
pero es igual,
lo inventaré.
Se dicen por el valle muchas cosas
que atañen á pastores y labriegos,
á quienes sus esposas
tomaron por borregos,
y suelen enviarlos
con pérfida intención
á recorrer el monte
detrás del esquilón.
¡Tolón, tolón, tolón, tolón, tolón!

CORO. Tolón, tolón, tolón, tolón.
Pecado es hacer caso
de la murmuración,
pero esas nuevas, padre,
ya casi no lo son.

MONT. Se cuenta que Blasilla la de Mendo
que está de sacristán en una aldea,
al mozo más garrido
no le parece fea;
y para que el marido
no sepa esta opinión,
le tienen todo el dia
tocando á la oración.
¡Tolón, tolón, tolón, tolón, tolón,

CORO. Tolón, tolón, tolón, tolón.
Pecado es hacer caso, etc.

Hablado.

MONT. Como véis, hijos míos, las noticias de hoy son pocas, y las mismas de siempre. Pero no hay otras por el valle. Es decir, se cuenta también... pero lo otro que se cuenta vosotros lo debéis saber mejor que nadie, porque atañe al castillo.

PERO. ¿De mi señora doña Isabel acaso?

MONT. Justo; de la castellana infeliz que la mesnada del señor trajo como trofeo de la victoria sobre la morisma de Torre Vélez.

PERO. ¿Y qué dicen los pecheros de ella?

MONT. Dicen que tanto ha debido de sufrir en los dos años de cautiverio, que el esposo, al recibirla en sus brazos, se la ha encontrado loca.

PERO. ¡Ah! ¿Eso dicen?

MONT. Y algo más. Que recorre á todas horas el castillo como si quisiera escaparse, que no permite que la despojen de las extrañas vestiduras que en el calabozo la pusieron los bárbaros, y que pronuncia palabras que no se entienden.

PERO. Todo ello es verdad. Hoy, al verme entrar en su camarín por orden del señor, ha soltado la carcajada y me ha dicho: «¡Gachó, qué pinta!»

MONT. Eso es árabe. ¡Como ha pasado tanto tiempo con los moros! Y dígame el amigo Pero Núñez, ¿no podría yo cenar con esa pobre loca?

PERO. Hablad claro, padre. Lo que vos queréis es cenar, aunque sea con el diablo.

MONT. Dios te perdone la blasfemia, hijo; pero estás en lo cierto.

PERO. Pues seguidme, y vosotros también. Justamente hoy el halcón no se ha portado mal, y tenemos abundante provisión de liebres y perdices.

MONT. ¿Perdices y liebres dijiste? Corramos, hijos mios, á dar gracias á Dios Todopoderoso, que cría esos animalitos y los pone á nuestro alcance. (Vánse todos por la izquierda.)

ESCENA IX

MANUELA.

(Sale sigilosamente del castillo, mira á todas partes, reconoce el terreno con el asombro que es de suponer, y se queda en el centro de la escena como quien ve visiones.)

Nada, que soy la castellana, y que soy la castellana, y que por fuerza tengo que ser la castellana. De pronto se me presenta un tío muy grande con un gabán bordao hasta aquí (La rodilla), una capa encarnada como la del Teno-

rio y un casquete con muchos picos en la cabeza, y va y me dice queriendo abrazarme: «¡Isabel, mi esposa adorada!» ¡Claro! Yo tuve que darle un empujón y contestarle: «Pero oiga usté, so morral, ¿quién le ha dicho á usté que yo me he casao con el rey de copas?» El hombre, espantao, empezó á dar voces y vinieron una porción de tíos, vestidos talmente como la sota de espadas, que se me quedaron mirando como á una cosa del otro mundo... ¿Qué demonios será esto? ¿Habré yo hecho alguna tontuna y me habrán encerrao en un manicomio? Porque lo que es salir no me dejan. Les digo; «Miren ustés que la señora marquesa va á pedir el chocolate, que la cocinera me va á echar de menos y que vamos á tener un disgusto...» ¡Pues como si cantara! Pero ahora es la ocasión. He podido escurrirme por esos pasillos, y ¡á la calle, Manuela! (Se dirige hacia la derecha y retrocede en seguida.) ¡Anda con Dios! Por aquí viene un hombre. (La misma operación por la izquierda.) ¡Bueno! Y por aquí otro... ¡A casa, que llueve! (Entrándose precipitadamente en el castillo.) ¿Qué buscará por aquí á estas horas este par de pájaros? (Váse. Empieza la música y con ella sale Zaide cautelosamente por la derecha. Poco después Ferrán por la izquierda. Colócase cada uno bajo el ventanal del mismo lado y cantan acompañándose con la guzla y el laúd respectivamente.)

ESCENA X

ZAIDE.—FERRÁN.

Música.

ZAIDE. Oye, hermosa nazarena,
la del seno alabastrino.
FER. Oye, altiva castellana,
luz y guía de mi amor.

ZAIDE. Al que va á perder la vída
por tu rostro peregrino.

FER. Al que llora tus desdenes
desdichado trovador.

ZAIDE. Cuando unidos por la muerte
en mis brazos llegue á verte,
las huríes de Mahoma
tu belleza han de envidiar.

FER. Vaya á ti todo el perfume
del amor que me consume,
como al cielo va el aroma
de las flores del altar.
Y atiende las quejas
que al pie de tus rejas
herido de amores
me arranca el dolor.

ZAIDE. Mi amor es tan grande
que acaso te ablande
la guzla que suena
temblando de amor.

LOS DOS. Escucha piadosa
mi trova de amor.

FER. Siento el fuego de tus ojos
en el alma enamorada.

ZAIDE. Mi cautiva rescatada,
yo tu esclavo quiero ser.

FER. Y se encienden mis deseos
al fulgor de tu mirada.

ZAIDE. Y en tus brazos torneados
no me importa perecer.

LOS DOS. Atiende la queja
del pobre cantor
que llega á tu reja
temblando de amor.

FER. Oye, hermosa castellana,
la del seno alabastrino.

ZAIDE. Oye, altiva nazarena,
luz y guía de mi amor.

FER. Al que va á perder la vida
por tu rostro peregrino.

ZAIDE. Al que llora tus desdenes,
desdichado trovador

LOS DOS. Atiende la queja

del pobre cantor
que viene á tu reja.
temblando de amor.

(Al terminar la música aparece Manuela en la puerta del castillo.)

ESCENA XI

DICHOS.— MANUELA.

Hablado.

MAN. Pero ¿qué va á ser esto? ¿Es que sos vais á pasar la noche tocando la bandurria?

LOS DOS ¡Ella!

ZAIDE. ¡Mi sultana!

FER. ¡Mi Isabel!

MAN. ¡Mis narices! Hagan ustés el favor de dejarse de chirigotas y decirme por dónde se va á la calle.

ZAIDE. Oyeme, cristiana.

MAN. ¿Es á mí?

ZAIDE. Sí; á ti, la de los labios de rubíes, la de las mejillas de rosa, la del talle de palmera... Ven conmigo á Granada, donde tengo para ti ajorcas de plata, cintillos de oro y collares de perlas. Un corcel del desierto nos aguarda al pie de la loma, y el paraíso del Profeta á las orillas del Genil... ¡Ven conmigo, sultana!

MAN. ¡Vamos, hombre! ¿El paraíso á mí? ¿Usté qué se ha figurao? (¡Pues la ha cogido buena el hombre!)

FER. Mi Isabel, mi cielo, mi gloria...

MAN. (¡Otro que también ha bebido lo suyo!)

FER. Ven allá lejos, á las montañas de León, donde las hordas de Abderramán no llegarán nunca. Para ti serán mis halagos, mis canciones, mis suspiros...

ZAIDE. Elige á uno de los dos y muera el desdeñado.

FER. Sí; elige.

MAN. ¡Mire usté lo que son las cosas! Seis años yendo á los bailes de los Cuatro Caminos, y nada; y aquí en un momento me salen los novios por

parejas. Por supuesto, que esto es que sigue la broma de Peláez. Pues por mí que no quede. (A Zaide.) Vamos á ver, ¿usté es moro de veras?

ZAIDE. Siervo humilde de ¡Alá!

MAN. Pues ya se está usté marchando por alá. (La derecha.)

ZAIDE. ¡Oh, gracias! Soy yo el preferido.

MAN. No; usté se va también por alá, por ese otro lao. Y hasta otro rato, si Dios quiere, que está amaneciendo y tengo que ir á la compra.

ZAIDE. Escúchame, sultana.

FER. Atiéndeme, mi reina.

MAN. ¡Ea! ó me dejan ustés en paz ó chillo... (Sale Montoya por la izquierda.)

ESCENA XII

DICHOS.— MONTOYA.

MONT. No es preciso, porque conmigo viene la paz que se pide.

ZAIDE. ¡El maldito monje!

MAN. ¿Qué es esto? ¿Otra vez Montoya? ¡Este demonio de hombre anda por todas partes y se viste como le da la gana!

MONT. ¿Cuál de los dos trovadores ha vencido?

MAN. Ninguno. Me quedo sin ninguno.

FER. Padre, sin su amor no puedo vivir.

ZAIDE. Su amor es mi vida.

MONT. ¿En esas estamos? Pues yo seré árbitro en la contienda y arreglaré el asunto. Tú, morito. colócate junto á aquella ventana (Zaide obedece.) Así Tú, cristiano, ponte bajo aquélla. (Obedece Ferrán.) Eso es. Ahora templad los instrumentos. Manuela, dame el brazo. Vosotros quedáos ahí, hasta que yo os avise. ensayando esta trova:

Tiene un cristiano una breva
y un moro quiere la fruta,
y estando en esta disputa
viene un fraile y se la lleva.

(Vanse los dos por la derecha, ella riéndose á carcajadas y él echando bendiciones burlescas á Zaide y á Ferrán, que se quedan como estatuas. Empieza la música.

CUADRO QUINTO

Una calle de París á fines del siglo XVIII.

ESCENA XIII

LA DUQUESITA DE POITIERS.—ALINA.—BERTA.

(Salen por la derecha, una tras otra, marchando con precaución.)

Música

DUQ. ¡Plebe!
ALINA. ¡Plebe!
BERTA. ¡Plebe!
LAS TRES. Plebe repugnante,
plebe repulsiva.
DUQ Ando por la calle
más muerta que viva,
y estoy deseando
salir de París,
porque aquí se tiene
la vida en un tris.
¡Turbas!
ALINA. ¡Turbas!
BERTA. ¡Turbas!
LAS TRES. Turbas de asesinos,
bandas de ladrones.
DUQ. Son las que decretan
las ejecuciones
y triunfan y gritan
sin freno ni ley
contra la nobleza
y el clero y el rey.
¡Puach!
ALI. ¡Puach!

BER. ¡Puach!
LAS TRES. ¡Qué asco! ¡qué rabia
tan grande me da!
DUQ. La aristocracia
dichosa es
con sus gavotas
y minués.
ALI. Y BER. ¡Oh, venturosos
felices días!
¡Siempre de bailes
y cacerías!
DUQ. Pero á estas cosas
ha puesto fin
el populacho
grosero y ruin.
¡Puach!
ALI. ¡Puach!
BER. ¡Puach!
LAS TRES. ¡Qué asco! ¡qué rabia
más grande me da!
DUQ. No hay virtud abajo
ni valor arriba:
¡plebe repugnante,
plebe repulsiva!
Yo estoy deseando
salir de París,
porque aquí se tiene
la vida en un tris.
LAS TRES. ¡Puach, puach, puach!
¡Qué asco! ¡qué rabia
tan grande me da!
(Vánse ror la izqulerda).

ESCENA XIV

DICHOS.—EL ABATE.

ABATE. (Saliendo precipitadamente por la derecha.) ¡Señora duquesa! ¡Eh! ¡Señora duquesa! ¡No vayáis por ahí, que os cuelgan!
DUQ. ¿Qué decís?
ABATE. Que por ese lado anda una patrulla con malas

intenciones, y os pueden echar una cuerda al cuello al volver una esquina.

DUQ. ¡Jesús! Pero ¿puede ser eso?

ABATE. ¿Que si puede ser? El tribunal popular, que desde la toma de la Bastilla manda más que el rey, publica todos los días una lista de los que han de ser desterrados ó asesinados, y si en la de hoy figura vuestro nombre, ya os podéis contar adornando el farol de la plaza de la Gréve.

DUQ. ¿Y qué importa? La duquesa de Poitiers sabrá morir escupiendo á la canalla.

ABATE. Pero cuanto más tarde, mejor. ¿Dónde íbais ahora?

DUQ. A Palacio. A tomar la carroza que nos ha de llevar á Versalles. Tomo parte en las fiestas con que hoy divertimos á la reina. Ya que el rey Luis transige con las turbas, es preciso que su esposa conserve el esplendor de la corte. ¿Vos no sois de la partida?

ABATE. ¿Y me lo preguntáis, duquesa? ¿Cómo puede haber un fiesta en Versalles sin el abate Rolland? Soy el inventor del juego de la araña y la mosca, en que vos hacéis la principal figura... pero que hoy no podrá jugarse en presencia de la reina.

DUQ. ¿Por qué?

ABATE. Porque el conde de Artois, que debía hacer el papel de moscardón, ha desaparecido, ¡le han asesinado tal vez!, y su esposa ha huído disfrazada.

DUQ. Pero la condesa, disfrazada ó no, irá á las fiestas de Versalles.

ABATE. ¡Ah! de seguro. Es capaz de cantar y bailar al pie de la horca.

ESCENA XV

DICHOS.—MANUELA.

MAN. (Saliendo primera derecha.) Buenos días tengan ustedes. ¿Cómo están ustedes? Yo buena, gracias á Dios.

DUQ. Aquí está. Adelantaos, señora. Habéis cometido una imprudencia, porque, á pesar del disfraz, se os reconoce fácilmente.

MAN. ¿A mí? Vamos, ¡menos mal que me conoce alguien!

DUQ. Ya sabemos que sois muy desgraciada.

MAN. Bastante, sí, señora; de cocinera segunda no salgo.

DUQ. El abate nos ha dicho que os habéis visto precisada á separaros de vuestro esposo.

MAN. ¿Qué me cuenta usté? ¿que yo me he separao de mi esposo? ¡Anda con Dios! Ya me he quedao sin el rey de copas.

DUQ. ¿Qué dice?

ABATE. (A la Duquesa.) Finge porque no me conoce. (A Manuela.) Tranquilizaos, condesa. Soy de confianza.

MAN. ¿Si? Yo también soy de mucha confianza.

ABATE. El papel de mosca, que os habrá ensayado el conde y que debíais representar hoy en Versalles, es invencion mía.

MAN. ¡Sea enhorabuena! Pero ¿es qué, yo voy á ser mosca en Versalles? ¡Eso sí que no! Todo se lo paso á Peláez menos eso.

DUQ. Comprendo que vuestro ánimo no estará para fiestas; pero es preciso demostrar á la reina que la aristocracia conserva la entereza en los momentos difíciles.

MAN. ¿Ve usté? Por eso me gusta á mí la aristocracia.

DUQ. Venid y nos acompañaréis en mi carroza.

MAN. ¡Ay, no, no! Muchas gracias. No tengo costumbre.

(Voces y algazara dentro Se oyen distintamente vivas y mueras.)

DUQ. ¡Eh! ¿Qué es eso?

ABATE. La patrulla. Los que cuelgan del farol.

TODOS. ¡Huyamos!

ABATE. Pronto, que vienen.

MAN. ¡A la carroza, Manuela! (Vanse por la derecha. A poco aparece por la izquierda una turba de hombres y mujeres desarrapados y desgreñados, con palos, escobas, sables, fusiles, etc).

ESCENA XVI

CORO DE DESCAMISADOS.

Música.

¡Alma, sangre, fuerza, bríos!
¡No hay que temblar! ¡No hay que temer!
que el pueblo empuña la escoba
y todo lo ha de barrer.
¡Rabia en el pecho, fuego en la tea!
que á los cobardes de la Asamblea
y á los traidores del tribnnal,
en el desastre tumbe y arrastre
la violeneia del vendaval.
¡Caíga vencida la flor də lis
y al mundo entero salve París!...
¡Alma, sangre, fuerza, bríos! (etc.)

(**Vanse por la derecha repitiendo la estrofa. Sigue la música.**)

Mutación.

CUADRO SEXTO

Plazoleta en un jardín de Versalles. Al fondo el palacio del Trianón. Es de día.

ESCENA XVII

EL ABATE, de pie sobre la misma silla que sirvió para la Pitonisa, colocada en el mismo sitio del escenario precisamente, sostiene un palo dorado en forma de T, del cual penden largas cintas de distintos colores. Alina, Berta y otras damas de la Corte de Luis XVI, cada una con el extremo de una de estas cintas en la mano, forman delante de él frente al público. —LA DUQUESITA DE POITIERS, al frente de todas, pero sin cinta.

ABATE. Señora duquesa,
podéis empezar,
que el juego es difícil
y es bueno ensayar.

DUQ. Alerta, señoras,
podéis empezar,
que el juego es difícil
y es bueno ensayar.
Teje, teje, teje,
teje, tejedora;
con los tenues hilos
la araña traidora,
subiendo y bajando
mil veces y mil,
tiende en los rincones
la tela sutil.

(Alina, Berta y el coro evolucionan convenientemente para que, marchando á compás de un lado á otro y formando lo que se llama cadena, no en torno al

abate, sino siempre de frente, hagan el tejido con las cintas de colores.)

CORO. Teje, teje, teje,
teje, tejedora. (etc.)

DUQ. Con sus patitas de fina seda
corre que corre rauda y veloz,
y si una mosca por fin se enreda
sobre la presa salta feroz.
¡Ya en la agonía zumba y patea
y entre las mallas revoletea!
¡Pobre mosquita, sujeta estás,
y al aire libre no vuelves más!

CORO. Teje, teje, teje,
teje, tejedora, (etc.)

(Termina la operación y todas quedan colocadas como al empezar el cuadro.)

ABATE. Quietas ahora,
nadie se mueva
que ya volando
la mosca llega.

(La orquesta inicia un tango. Bailándolo, sale Manuela por la primera derecha.)

MAN. A mí con mosquitas
no me venga usté;
no canto ni bailo
más que lo que sé.

LOS DEM. Eso no puede ser,
nos lo va á estropear.
¡Esta pobre mujer
está loca de atar!

MAN. Y empiecen las gachis
á diquelar.

CORO. La pobre se volvió
loca de atar.

MAN. Sé que te vas alabando
de lo que á solas te digo,
y que exageras un poco
lo que tuviste conmigo...
¿Qué te quieres apostar
que te suelto una chuleta
y te tienes que aguantar?

CORO. ¿Qué nos vamos á apostar
que la pobre condesita
se volvió loca de atar?

MAN. Y empiecen las gachís
á diquelar.
CORO. La pobre se volvió
loca de atar.
MAN. Dices tú que hiciste el primo
cuando fuimos de merienda;
fuí yo la descalabrada
y te pones tú la venda.
¿Qué te quieres apostar
que te doy una chuleta
y te tienes que aguantar?
CORO. ¿Qué nos vamos á apostar
que la pobre condesita
se volvió loca de atar?

Hablado

DUQ. No; no hay duda. Su desdicha la ha trastornado. Pero esperad; tal vez hay un remedio. ¡Condesa!
MAN. Mande usté.
DUQ. ¿Queréis hablar á la reina ahora mismo?
MAN. ¿Yo á la reina? ¿Pa qué?
DUQ. Para que se entere de la situación y abra los ojos al rey.
MAN. Si es para que abra los ojos el rey, bueno. Pero la advierto á usté que yo no tengo costumbre y que voy á meter la pata.
DUQ. Seguidme. Vamos, señoras. (Grandes voces y bulla dentro.) ¡Ay! ¡Qué es eso?
ALI. ¡Las turbas han invadido los jardines!
DUQ. Corramos á palacio. Los soldados barrerán á esa canalla. ¡Venid, condesa! (Vanse todos, menos Manuela, por la derecha, despavoridos y gritando.)
MAN. Pero, señor, ¿qué pasa? (Mirando hacia la izquierda.) ¡Calla! ¡Si es Montoya con una tropa de golfos! ¡Montoya! (Llamando.) ¡Aquí, Montoya! ¡Las vueltas que da este hombre! (Aparece la turba de descamisados del cuadro anterior y al frente Montoya, tan descamisado como ellos y con su fusil correspondiente. Todos entran en tumulto por la izquierda.)

ESCENA XVIII

MANUELA.—MONTOYA.—DESCAMISADOS.

MONT. (Apuntando á Manuela.) ¡Alto!

MAN. ¿Qué es eso de alto? ¡Usté está mochales!

MONT. Si te mueves te pego un tiro.

MAN. Vamos, ¡quite usté el pistón, hombre!

MONT. (A los grupos.) Ahí la tenéis. Esa es la condesa de Artois, condenada á muerte. (Rumores de indignación.)

MAN. ¿Qué dice este tío?

MONT. (Aparte á ella.) No te asustes, Manuela; yo te salvaré. Todo esto es pamplina.

MAN. ¡Y tan pamplina!

MONT. ¡Prendedla en seguida!

CORO. ¡Muera... muera! ¡Al farol! (Varios descamisados sujetan á Manuela. Ella se resiste forcejeando.)

MAN. Que os estéis quietos, granujas, que empiezo á cachetes... ¡Ay, ay! ¡Montoya, que se quiten estos animales!

MONT. (Volviendo á acercarse á ella.) ¿Cómo quieres morir, ahorcada ó fusilada? (Di que fusilada.)

MAN. ¡Digo que un cuerno!

MONT. (A los otros.) Dice que fusilada. (Señalando á la silla que ocupó el abate.) Atadla allí.

CORO. (Empujándola hacia la silla.) ¡Sí, sí! ¡que muera! ¡Abajo los nobles! ¡Viva el pueblo!

MAN. (Resistiendo con todas sus fuerzas mientras los descamisados fingen atarla al sillón sólidamente.) ¡Canallas! ¡Sinvergüenza!

MONT. Así; muy bien. Yo daré las voces desde aquella terranza. Disponeos á cumplir la sentencia del comité. ¡Pronto! (Vase primera izquierda. Los descamisados se dividen en dos grupos. A la derecha los hombres que tienen fusiles; á la izquierda las mujeres y los armados con los palos y sables. Quedan exactamente en los mismos sitios que ocupaban los persas y los griegos al empezar el segundo cuadro.)

MAN. (Debatiéndose desesperadamente en la silla.) ¡Eh!

Que no se vaya usté, que estos son muy brutos. ¡Soltadme! ¡Duquesas! ¡Baronesas! Pero, ¿aquí no hay policía? ¡Socorro!...

CORO. ¡Silencio! ¡Muera! ¡Muera!

MONT. (Dentro.) ¡Pelotón! ¡Preparen!... ¡Apunten!...

MAN. ¡Ay, ay! ¡qué tiran! ¡Montoya!...

(Fuerte en la orquesta, que sigue piano hasta el final. El rompimiento del primer término cae rápidamente cubriendo las figuras de los descamisados, y al terminar la mutación queda sola Manuela en el centro tal como se encontraba al concluir el cuadro primero.)

Mutación.

CUADRO SÉPTIMO

La misma decoración del primero.

ESCENA XIX

MANUELA.—En seguida MONTOYA.

MAN. ¡Montoya! ¡Montoya!
MONT. (Dentro.) Voy.
MAN. ¿Dónde está usted?
MONT. (Saliendo izquierda con librea y gorra) Aquí estoy.
MAN. ¡Ay, que noche!
MONT. De primera.

(Manuela se levanta del sillón y viene á primer término.)

MAN. No sé si soy cocinera,
ó Pitonisa, ó que soy.
MONT. Cuando vuelva el mentecato
de Peláez, yo lo mato.
MAN. Yo no; yo con mil amores
le admito... si estos señores (Al público.)
se han entretenido un rato.

Telón.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El Grillo, periódico semanal, ídem íd. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem íd. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música de maestro Brull.

La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con don Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, musica del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos,

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis...?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa. música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo Vadis...?*), en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de os maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraíso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante, en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talismán prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.